

and administration of justice. The letters to Bolívar of August 22 and 31, 1829 in which he summarizes the results of his mission are especially recommended for those who do not have time for the whole volume.

Students of Hispanic America are indebted to the Central Bank of Venezuela for publishing this volume and to the editors for the reliable and imaginative index that makes this important collection of letters so easy to use.

National Archives.

JOHN P. HARRISON.

SINCE 1830

Caracas Diary 1835-1840. By JOHN G. A. WILLIAMSON. Edited by JANE LUCAS DE GRUMMOND. Baton Rouge, 1954. Camellia Publishing Co. Bibliography. Index. Pp. xxxiv, 444. \$10.

En este volumen la historiadora norteamericana Jane Lucas de Grummond ha suscitado la curiosidad de los investigadores acerca de la vida y murmuraciones de John G. A. Williamson, primer representante diplomático de los Estados Unidos en Venezuela durante las presidencias de Páez, Vargas y Soubllette. Diplomático aburrido y de mediocres luces en una ciudad pequeña, profundamente ajena a su tradición, bastante arruinada por la desoladora Guerra de Independencia —la más cruenta que viera la historia americana de aquellos días—, el buen Mr. Williamson invierte las horas muertas de su permanencia en Caracas hace ciento veinticinco años, recogiendo en un diario los menudos chismes de la capital venezolana. Un cáncer al estómago que acabaría con su vida en 1840; la ausencia de su bella mujer Fanny Travis, de Philadelphia, quien apenas pasa una breve temporada en Caracas y regresa a los Estados Unidos, hastiada de la ciudad y de su marida, corroe el alma del memorialista, y la amargura, rencor y desesperanza vierten su ácido color en el libro, escrito más como desahogo que como historia.

Numerosos complejos, que todavía no se llamaban de este modo en su tiempo, parecen obturarle el sereno juicio. Primero casi nos duele al par de su débil salud, el destino de marido un poco burlado cuya mujer no quiere vivir en la Caracas de 1830 y tantos aunque sea en casa tan ancha y blasonada como la de la esquina de Llaguno, reciente Museo Colonial y entonces sede de la misión americana. Después, él considera que la única forma posible de civilización es la de aquellos presbiterianos escoceses, antecesores suyos que se establecieron en North Carolina, y por cuyas costumbres, lecturas bíblicas y reprimida moral suspira en la diversa Caracas. Ni la bella

casa colonial en que vive, de espaciosos patios y fuentes, flores tropicales y gran cocina de campana, alquilada por sesenta pesos mensuales al señor Francisco Montilla, logra regocijar sus días venezolanos. Simultáneamente le incomodan, y quebrantan sus intolerantes conceptos éticos la pompa de las fiestas católicas, el volterianismo —muy dieciochesco— de algunos políticos, el amor del General José Antonio Páez por la vivacísima Barbarita y ciertas aventurillas sentimentales del General Soublette que comenta todo Caracas y que desdican un poco de su seriedad. Tiene, además, prejuicios raciales que se remontan a los indios, a los españoles conquistadores, a los negros y a los judíos y a todas las mezclas y fusiones que se desprenden de nuestra gama étnica. Atribuye simplistamente a los españoles, los indios, los mestizos y el catolicismo, que aquella Venezuela arruinada, recién salida de una guerra exterminadora, no sea tan dinámica desde el punto de vista económico, como los Estados Unidos. Y para vivir contento en Venezuela, Mr. Williamson necesitaría que todos los venezolanos se volvieresen violentamente protestantes.

Varios capítulos del libro como el de la revuelta de Carujo en 1835 y la turbulenta revolución de las “reformas” se leen con provecho porque muchos episodios transcurren a pocas cuadras de su casa y Williamson trasmite detalles de primera mano. Pero en general no deja de incomodar en el largo y chismoso memorial la absoluta incompreensión del diplomático sobre temas y gentes venezolanas. A pesar de haber vivido catorce años en el país, nunca aprendió bien la lengua española —abundan los disparates sobre nombres geográficos y patronímicos— y no tuvo el arte de hacerse amigos. Son escasas, y con frecuencia de mala índole, las referencias a familias venezolanas y también envidia a Mr. Ker Porter que pueda presentar en sus recepciones mayor y más florido número de personajes criollos. Las pequeñas y tediosas recetas morales que aplica a cada suceso nacional y en los que habría que ver no sólo los prejuicios puritanos sino su destrozado estómago enfermo que parece negarle los legítimos goces de la vida le impiden acercarse con cordialidad y naturalidad a las gentes. Su predispuesta quisquillosidad interpreta el acto más nimio como desconsideración e inamistad hacia los Estados Unidos.

En los años de la misión venezolana de Mr. Williamson viven y actúan en el país personalidades extraordinarias. Hay diplomáticos, juristas y hombres de Estado como Revenga, Michelena, Narvarte, Aranda; sabios como Vargas y Cajigal, militares de tan peligrosa y empenachada vida como los que acompañaron al Libertador en las expediciones heroicas de Nueva Granada, Quito y Perú. Con mayor imaginación, estudio y ductilidad hubiera podido recoger testimonios

de muy significativa importancia. Pero las menudas pasioncillas que hacen que Mr. Williamson refunfuñe y se aleje porque el vino Jerez que le sirvieron no era de su gusto o el Ministro inglés estuvo cortejando desenfadadamente a la turbadora señora Mocata, vampiresa de aquellos días, le impide remontarse a problemas y asuntos de mayor enjundia. El único venezolano cuya imperiosa admiración se le impone —porque la ha impuesto también a todos sus gobernados, y es en aquellos días el hombre providencial— parece el General Páez.

Caracas.

MARIANO PICÓN SALAS.

España y México en el siglo XIX. Vol. I. 1820-1830. Vol. II. 1831-1845. Vol. III. Apéndice documental. By JAIME DELGADO. Madrid, 1950. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo. Illustrations. Bibliography. Index. Pp. 477, 380, 643.

The appearance of these three substantial volumes marks the impressive beginning of a very lengthy study of Spanish diplomatic relations with Mexico during the past century. Planned by the author as a case study in Spain's dealings with the Hispanic American republics, this work gives promise of becoming a standard reference on the subject.

The first volume examines Hispano-Mexican affairs in the 1820's, a period characterized by estrangement and hostility between the two countries. Using fresh materials from the Archivo General de Indias, historian Delgado sheds new light upon the O'Donoghú mission to New Spain as a factor in the Mexican independence movement. Peninsular rejection of the Treaty of Córdoba was followed by a fruitless attempt at peaceful settlement of differences. The breakdown of conciliatory negotiations led to a senseless, unwanted, and inconclusive naval war between the two nations. Spain's return to absolutism in 1823 in no way improved the situation, for Ferdinand VII prolonged hostile relations by his insistence upon ill-conceived projects for reconquest of the lost province.

Hispano-Mexican reconciliation is the theme of the second volume. Preliminary steps toward diplomatic recognition, motivated primarily by commercial considerations, could not be taken until after Ferdinand's death. Much political pressure was brought to bear on the Spanish ministry before it finally negotiated a treaty of peace and recognition with Mexico in 1836. Actual diplomatic relations could not begin, however, until three years later when Spain's first minister to Mexico arrived at his post.